

Darío: El Paisaje "nica" en su prosa

Hace ya tiempo que venimos de vuelta Cartuja" anhela una muerte dichosa como la de los monjes:

"¡Ah! fuera yo de estos que Dios quería y que Dios quiere cuando así le place, dichosos ante el temeroso día de losa fría y requiesca in pace".

En "Spes" invoca a "Jesús, incomparable perdonador de injurias", y obsesionado por el temor a la muerte clama:

"Dime que este espantoso horror de la agonía que me obsede es no más de mi culpa nefanda, que al morir hallaré la luz de un nuevo día y que entonces oiré mi Levántate y anda".

Y en los hondos y sublimes versos a Francisca Sánchez dice a la compañera sencilla e incomparable:

"Seguramente Dios te ha conducido para regar el árbol de mi fe, Hacia la fuente de noche y olvido Francisca Sánchez acompañame".

Esto es en 1914, y ya la Pálida, la Reina invencible, Diana la Cazadora, sigue de cerca los pasos del poeta.

Enfermo y abatido emprende el verdadero y trascendental retorno a la tierra natal, el que ha de traerlo a descansar definitivamente en su fecundo y maternal regazo.

No en la montaña de Pan sino en la augusta catedral, bajo un horrible león de cemento, confundida con la tierra natal, yace la escoria del poeta que rindió su bandera a la muerte.

Pero bajo los cielos abiertos

de Nicaragua, de América, del mundo, en alas de sus versos inmortales, su espíritu flota sobre los espíritus y por virtud de la palabra poética brota de miles y millones de labios y renace cada día en millares de millares de corazones.

Para elevarnos sobre las ruindades y fracasos de la hora, hagamos de nuestro corazón un templo a la gloria de Rubén Darío que es la auténtica gloria de la Patria, y en esta noche consagrada al Poeta inmortal levantemos su hermoso estandarte de optimismo.

Y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron, encontremos de súbito, talismánica, pura, riente, cual pudiera decirlo en sus versos Virgilio divino, la divina reina de luz, la celeste Esperanza".

De aquel concepto literario

de un Rubén apátrida y exotista. Se había tachado de "exotismo" snob lo que no era fundamentalmente sino sentido de universalidad por herencia de Historia y Geografía. Se había calificado de "extranjerismo" lo que no era otra cosa que nuestro típico "exodismo", usando la palabra inventada por nuestros poetas de Vanguardia para nombrar ese ímpetu de aventura o vocación viajera del nicaragüense que ya señalaba el propio Rubén en su VIAJE A NICARAGUA, comparándose con aquel anónimo trotamundos de Matagalpa, cuyas últimas palabras de moribundo cuenta Ganivet que recogió en un lejano hospital de Bélgica.

El estudio permanente de la entera obra de Darío nos descubre nuevas facetas de su ser nicaragüense, no sólo en lo que Pablo Antonio Cuadra llama su "pensamiento vivo", sino tam-

bién en su poesía misma como tal y en su prosa, en su temática y en su expresión literarias.

La tendencia "fusionista" de la poesía como integradora de todas las Artes que se desarrolla en Francia con los románticos, influye directamente en Rubén a través de los parnasianos y del "padre y maestro mágico" Verlaine. Así como hay en Darío un musicalismo esencial, que tan profundamente trata en su obra Erika Lorenz, hay también en él un paisajismo pictórico como elemento y componente imaginativo de gran parte de su poesía. Arturo Marasso ha estudiado en un conocido libro, co-

de los poemas de Rubén los llama Pedro Salinas "paisajes culturales", ya que "hasta sus mismos componentes de Naturaleza están pasados, casi siempre, a través de una ajena experiencia artística".

Pero parte de estos paisajes que son fruto de una experiencia de cultura, existen en la obra de Darío los paisajes naturales, los auténticos paisajes vividos por el poeta, nacidos directamente de su experiencia vital. Y he aquí que estos paisajes naturales de Rubén son en toda su obra, un solo y único paisaje: el paisaje de Nicaragua, el paisaje mágico, vibrante, integralmente sensual, del trópico centroamericano.

Poeta peregrino, viajero incansable que no dió reposo a su planta ni paz a sus sentidos, no deja Rubén, sin embargo, en todas sus crónicas de viaje por América, África y Europa, en toda su poesía y literatura narrativa y descriptiva escrita en los más diversos lugares de ambos continentes, ninguna descripción directa del paisaje que no sea la pintura viva y apasionada de la prodigiosa naturaleza del país natal.

En algunos de sus cuentos encontramos ciertamente breves pinceladas descriptivas del ambiente, como esa "línea trazada con un lápiz azul que separa las aguas de los cielos" y ese sol que se va "hundiendo con sus polvos de oro", o "ese suave oro crepuscular, esa rosa de ala de flamenco fundido en tan compasivo azul", o "un suelo lívido y no lejos una vegetación de árboles flacos desolados, tendiendo hacia un cielo implacable, silencioso y raro, sus ramas suplicantes, en la vaga expresión de un mudo lamento". Descripciones éstas relativamente escasas, pinturas imprecisas y esquemáticas de escenarios más o menos convencionales que sirven casi siempre para fijar la hora y el lugar del cuento o del relato pero que no se identifican con ninguna comarca de la tierra y pudieran referirse a cualquier región del planeta y más concretamente acaso a un país imaginario.

El paisaje que Rubén pinta directamente con su rica paleta de poeta, el paisaje que lleva en sus pupilas y en su alma, el que le presta sus colores y al que evoca en sus momentos de inspiración, el paisaje en que su pluma se solaza, se regocija y se



Volcán Concepción - Isla de Ometepe, Nicaragua

mo fuentes de inspiración rubeniana, una serie de pinturas famosas esparcidas en los museos y pinacotecas que el poeta visitara en sus peregrinaciones europeas. El ejemplo más claro de este paisajismo de inspiración plástico lo encontramos en el poema El Reino Interior:

"Una selva suntuosa en el azul celeste su rudo perfil calca.

Un camino. La tierra es de color de rosa, cual la que pinta fra Doménico Cavalca en sus Vidas de Santos..."

Aquí la referencia pictórica está dada expresamente por el propio Rubén. Marasso indica además como fuente de inspiración de este poema los cuadros de Boticelli y de los prerrafaelistas y los antiguos tapices y libros iluminados.

A estos paisajes de muchos

Darío: El Paisaje "nica" en su prosa

entusiasmo, es el paisaje tropical de su tierra nicaragüense.

Ni la dulce campiña francesa, ni la adusta meseta castellana, ni la deleitosa costa mallorquina, ni la pampa inconmensurable, ni la imponente cordillera andina, a pesar de que el poeta vivió y amó y soñó en todos estos lugares, despertaron su honda emoción sensorial ni pudieron apagar en su imaginación "el nicaragüense sol de encendidos oros" ni borrar de su inspiración y su recuerdo la visión de los "estandartes de la tarde y de la aurora" alzados sobre "la cúpula sonora" del Momotombo.

No son pocos los paisajes de su obra en que Darío celebra la fiesta de colores de nuestras selvas, lagos y montañas, de nuestras auroras y de nuestros atardeceres. Ya desde en AZUL, al referirse a la naturaleza de nuestra tierra en la descripción de lo sentido y de lo vivido auténticamente la prosa de Rubén adquiere una cierta densidad telúrica en sus imágenes y adjetivos, diferente de la etérea vibración con que vuelan las palabras al amor de su fantasía en el resto del libro. En "Palomas blancas y garzas morenas" las aves "imprimían en el suelo oscuro la estrella acarminada de sus patas", y bajo el viejo muelle del lago "el agua glauca y oscura chapoteaba musicalmente".

En una breve página periodística no recogida en libro y que él titula NATURALEZA TROPICAL, pinta Rubén con vigorosos trazos un bosque de nuestra tierra centroamericana:

"Se levantan agrupados, solemnes, altos como para que en sus cumbres aniden las nubazones que como enormes águilas negras llevan sobre ellas las borrascas, gordos árboles, repleta de savia la carne henchida de sus troncos, unos jorobados,

La vigorosa prosa telúrica de "La Vorágine" y "Canaima" arranca de esta prosa rubeniana. Con ojo de pintor el poeta se complace en la descripción de los verdes tropicales:

"armonizada en la luz toda una sinfonía del verde, la gama decreciente, el cardenillo, el verde gay, el verdinegro alimonado, el verde

amarillo que es tierno y jocundo".

En "El Viaje a Nicaragua" Rubén redescubre nuestra geografía, se extasía ante ella y describe maravillado la estupefanda flora y fauna tropicales:

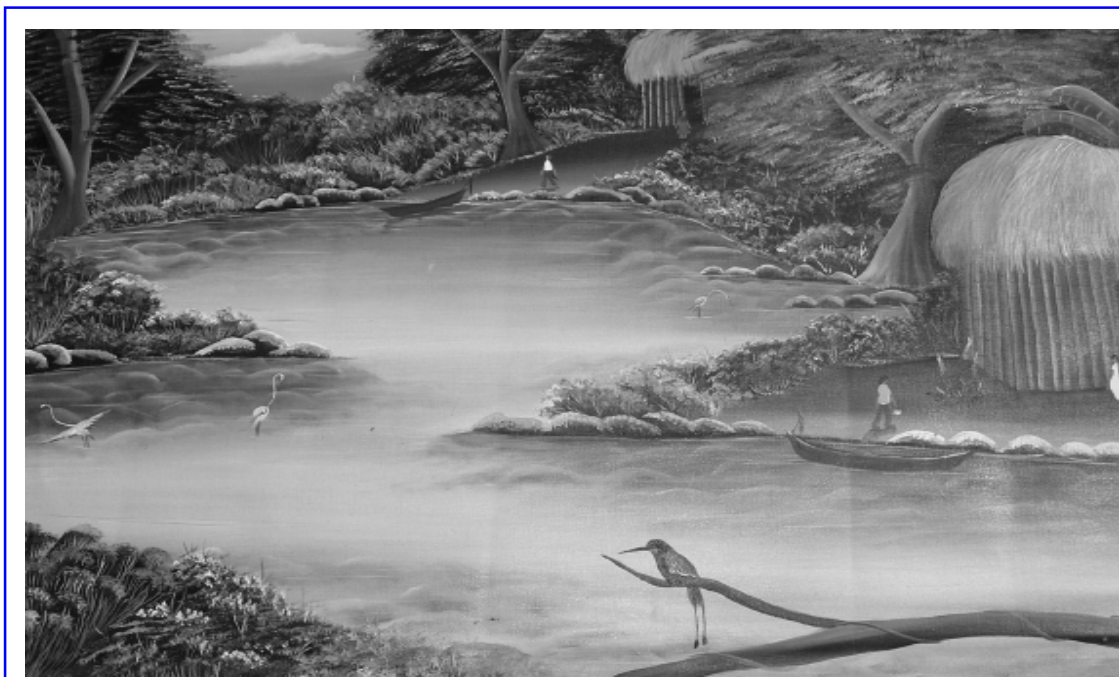
"... ¡qué gloria de vegetación -exclama- qué triunfo de vida en todo lo que la mirada abarca después de ascender a la región en donde el clima cambia y el aire es fresco y los valles se extienden como en visiones de edén, y hay toda la gama del verde, y un vasto rumor se esparce de los sonoros bananeros o plataneros, de los árboles enormes y caprichosos sobre los que saltan las ardillas grises y vuelan las palomas arrulladoras y los carpinteros y los pitorreales, y toda la fauna alada que haría las delicias de Ovidio!"

La descripción se vuelve precisa y directa:

"El bananero erige su ramillete de estandartes, de tafetanes verdes, sobre los cuales, cuando llueve, vibra el agua redobles sonoros, y las palmeras varias despliegan unas cajas como pavos reales, anchos esmeraldinos abancos, otras más altas, airosos claveles, las otras son como altísimos plumeros, orgullosos bajo el penacho, ya entreabierto la colosal y oleosa y dorada flor de "corozo", ya colgante la copiosa carga de cocos cuya agua fresca y sabrosa es la delicia en las canículas".

Pero Rubén no sólo ve la naturaleza del trópico con sus ojos maravillados de poeta-pintor sino que la vive intensamente con todos sus sentidos y con su alma. En el jardín, a la hora del crepúsculo, el efluvio telúrico lo envuelve entre el perfume de las flores tropicales:

"Sólo, en el jardín de una casa amiga, he visto una tarde, en tibio crepúsculo, algo semejante a una estagnación de las horas. Había calor húmedo y voluptuoso, y el cielo, en que brillaban tan solamente, diamantinas, dos o tres luceros, se me representaba como inmenso invernáculo. No se sentía ni un soplo de aire, la vegetación hubiérase dicho cristalizada en



Paisaje nicaragüense

la absoluta inmovilidad de las hojas. Había allí azucenas blancas de anunciación y otras semejantes a estilizados lirios heráldicos, había rosas de olor y jazmines orientales que constelan las verdes y espesas enredaderas en que crecen, había una flor que se llama "cundeamor", y otra que estalla para regar su simiente, y la que se nombra "bellísima", que evoca para mí, rosada y alegre, altares domésticos como los que se adornan en diciembre para celebrar la "Concepción de María".

Los árboles, las flores, las frutas, los pájaros, los animales del trópico nicaragüense viven en la obra de Rubén Darío. Su memoria poética no le fue infiel. Los recuerda y los cita con sus nombres. En sus poemas en prosa hay uno breve y amoroso que es un poético inventario frutal. Dice:

"Y yo tuve en mis manos, como la más margarita de las margaritas, tu corazón. El trascendía a fruta del trópico y al mismo tiempo a flor tropical, de modo que se dijera una flor viva y con olor al nispero moreno, a la piña rubia, al jocote de sangre, al melón de miel y a la pulpa de sandía.

Y ya había yo con mis besos probado otros frutos deliciosos, amados del sol que fecunda aquellas tierras fuertes. Tus cabellos, que tenían el perfume del oscuro almíbar del carao y al cual acudían las abejas y las avispa, tus ojos, que eran

como dos frutos, misteriosos y de encanto, del jardín de tu alma, tus orejas aromadas como las manzanas rosas, tu boca, suave, perfumada y dulce como el algodón de la guaba en la que hubiesen dejado caer una gota de esencia de Oriente, tu cuello, que trascendía a la pluma del pájaro que anida entre jazmines y al azúcar de la piñuela, tus manos, que siendo como un manojo de azucenas, tenían como relentes de la granadilla". (Poemitas de verano).

Y luego los pájaros y los animales nicaragüenses están presentes en la poesía de Rubén con una presencia menos prestigiada y aristocrática pero más real y más vital que la del cisne legendario. El buey nicaragüense, "Buey que vi en mi niñez echando vaho un día", la paloma de los bosques sonoros, los pájaros y los toros salvajes, son saludados por el poeta porque son su misma vida: "yo os saludo, pues sois la vida mía". El cisne es sólo un ave mística, un símbolo, un blasón. Los cisnes son ya para el poeta de "Cantos de Vida y Esperanza". "blancas figuras pintorescas" y "los fieles de la desilusión". En cambio la fama tropical surge en el poema Tutecotzimí del mismo libro con encendido brillo e inusitado vigor:

"Es la mañana mágica del encendido trópico. Como una gran serpiente camina el río hidrópico en cuyas aguas glaucas las hojas secas van.

El lienzo cristalino sopló

sutil arruga, el combo carapacho que arrastra la tortuga o la crestada cola de hierro del caimán.

Junto al verdoso charco, sobre las piedras toscas, rubí, cristal, zafiro, las susurrantes moscas del vaho de la tierra pasan cribando el tul, e intacta con su veste de terciopelo rico, abanicando el lodo con su doble abanico, está como extasiada la mariposa azul.

Las selvas foscas vibran con el calor del día, al viento el pavo negro su grito agudo fía, y el grillo aturde el verde, tupido carrizal, un pájaro del bosque remeda un son de cuerno, prolonga la cigarra su chincharchar eterno y el grito de su pito repite el pitoreal.

Los altos aguacates invade ágil la ardilla, su cola es un plumero, su ojo pequeño brilla, sus dientes llueven fruta del árbol productor, y con su vuelo rápido que espanta el avispero, pasa el bribón y oscuro sanate clarinero llamando al compañero con áspero clamor.

Su vasto aliento lanzan los bosques primitivos, vuelan al menor ruido los quetzales esquivos, sobre la aristoloquia revuela el colibrí, y junto a la parásita lujosa está la iguana, como hija misteriosa de la montaña indiana que anima el teúl oculto del sacro teocalí".

La luminosa y ardiente tierra del trópico, vibrante de colores y armonías, late en los so-

Darío: El Paisaje...

noros hermisticos del alejandrino rubeniano, con sus potentes selvas pobladas de seres inquietantes, bajo un sol violento de mitología indiana. La 'vasta llama tropical' quema el corazón y la poesía de Darío en una especie de solar transverberación. Rubén Darío es un poeta solar. Al sol proclama rey omnipresente en su poesía, porque es el mismo Apolo, y como Alfonso Cortés la luz se confunde con el ruido en unidad de sensaciones:

"¡Oh ruido divino!
¡Oh ruido sonoro!
¡Helios! Porta estandarte de Dios, padre del Arte".
(Helios)

Sol de alborada campestre en la hacienda sonora:

"En la madrugada, allá, pálida se iba alzando el alba, y al estirar a la altura del cielo, claveteado de oro, los brazos desnudos, el sol que venía despacio, todavía tras los montes orientales, le sonrosaba los dedos húmedos que se estremecían apagando estrellas". (Naturaleza Tropical).

Dorada la luz del sol matinal:
"Claros horas de la mañana en que mil clarines de oro dicen la divina Diana

"¡Salve al celeste sol sonoro!". (Programa Matinal).

Sol en la aurora de la vida:
"Más es mía el alba de oro"
(Canción de otoño en primavera).

Sol de amanecer histórico, Sol de la Esperanza:

"..Ya veréis salir el sol en un triunfo de lirás" (Salutación del optimista)

Sol meridiano, calcinante, vertical:

"Un mediodía toda la isla quema. Arde el escollo, y el azul, fuego envía. Es la isla del Cardón, en Nicaragua....

Penachos verdes de palmeras. Lejos, ruda de antigüedad, grave de mito, la tribu en roca de volcanes viejos...

Y sopla un vaho de horno que abochorna y tuesta en oro las cigarras" (Mediodía)

Sol empalidecido de media tarde sobre la mar tranquila, para la siesta cálida del trópico:

"El mar como un vasto cristal azogado

refleja la lámina de un cielo de zinc,

lejanas bandadas de pájaros manchan el fondo bruñido de pálido gris.

El sol como un vidrio redondo y opaco, con paso de enfermo camina al cenit, el viento marino descansa en la sombra teniendo de almohada su negro clarín". (Sinfonía en gris mayor)

Soles rojos de ocaso hundiéndose en el mar y tras las montañas oscuras:

"Al caer de la tarde un poniente sangriento tiende su pálio bárbaro". (Tutecotzimi)

"Cuando las babilonias del Poniente en purpúreas catástrofes hacia la inmensidad rodaban tras la augusta soberbia de tu frente". (Momotombo)

"El cielo ha puesto en la concha enorme de su gran paleta todas las rosas posibles. Ha sido el rojo el rey sangriento, un rojo estallante y furioso que desde el foco agonizante del sol teñía el mar de sangre. Después que se hubo hundido la rueda de fuego púrpura de fuego condensado y vibrante, de fuego único y occidental, cayó la fantasía de los rojos, se alejaron las claridades de los candentes y ofensivos amarillos. Los cardenales poco a poco fueron fundiéndose en una suave disolución de carmín, que gradualmente llegaba, en tonos desfallecientes y cromáticos, al grano de granada, al ala de flamenco, al rosa de luna, al anémico y dulce rosa té".

He aquí, pues al Rubén solar y tropical, que si se lanzó, como el gerifalte de tu poema, en jira fantástica de cetrería, por los cielos históricos de todas las culturas, siempre volvió a la tierra natal, a la rama vernácula y cordial de la selva americana, para lanzar su grito pánico y telúrico "rojo sol todo milagro y mito" (Revelación), y, montando en el rudo Pegaso "de cascos de diamante", ser coronado poeta por ese "nicaragüense sol de encendidos oros".

"Yo soy el que presenta su cabeza triunfante coronada con el laurel del Rey del día". (Pegaso)

Letanía de nuestro señor don Quijote



Rubén Darío

Rey de los hidalgos, señor de los tristes, que de fuerza alientas y de ensueños vistes, coronado de áureo yelmo de ilusión; que nadie ha podido vencer todavía, por la adarga al brazo, toda fantasía, y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos, que santificaste todos los caminos con el paso augusto de tu heroicidad, contra las certezas, contra las conciencias y contra las leyes y contra las ciencias, contra la mentira, contra la verdad...

¡Caballero errante de los caballeros, varón de varones, príncipe de fieros, par entre los pares, maestro, salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes, entre los aplausos o entre los desdenes, y entre las coronas y los parabienes y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueron las victorias antiguas y para quien clásicas glorias serían apenas de ley y razón, soportas elogios, memorias, discursos, resistes certámenes, tarjetas, concursos,

y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!

Escucha, divino Rolando del sueño, a un enamorado de tu Clavileño, y cuyo Pegaso relincha hacia ti; escucha los versos de estas letanías, hechas con las cosas de todos los días y con otras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida, con el alma a tientas, con la fe perdida, llenos de congojas y faltos de sol, por advenedizas almas de manga ancha, que ridiculizan el ser de la Mancha, el ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos las mágicas rosas, los sublímes ramos de laurel Pro nobis ora, gran señor.

¡Tiembla la floresta de laurel del mundo, y antes que tu hermano vago, Segismundo, el pálido Hamlet te ofrece una flor!

Ruega generoso, piadoso, orgulloso; ruega casto, puro, celeste, animoso; por nos intercede, suplica por nos, pues casi ya estamos sin savia, sin brote, sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,

sin piel y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos de los superhombres de Nietzsche, de cantos áfonos, recetas que firma un doctor, de las epidemias, de horribles blasfemias de las Academias, ¡líbranos, Señor!

De rudos malsines, falsos paladines, y espíritus finos y blandos y ruines, del hampa que sacia su canallocracia con burlar la gloria, la vida, el honor, del puñal con gracia, ¡líbranos, Señor!

Noble peregrino de los peregrinos, que santificaste todos los caminos, con el paso augusto de tu heroicidad, contra las certezas, contra las conciencias y contra las leyes y contra las ciencias, contra la mentira, contra la verdad...

¡Ora por nosotros, señor de los tristes que de fuerza alientas y de ensueños vistes, coronado de áureo yelmo de ilusión! ¡que nadie ha podido vencer todavía, por la adarga al brazo, toda fantasía, y la lanza en ristre, toda corazón!

Madrid, abril de 1905

I

¿Cuentos quieres, niña bella?
Tengo muchos que contar:
de una sirena de mar,
de un ruiseñor y una estrella,
de una cándida doncella
que robó un encantador,
de un gallardo trovador
y de una odalisca mora,
con sus perlas de Bassora
y sus chales de Lahor.

II

Cuentos dulces, cuentos bravos,
de damas y caballeros,
de cantores y guerreros,
de señores y de esclavos;
de bosques escandinavos
y alcázares de cristal;
cuentos de dicha inmortal,
divinos cuentos de amores
que reviste de colores
la fantasía oriental.

III

Dime tú: ¿de cuáles quieres?
Dicen gentes muy formales
que los cuentos orientales
les gustan a las mujeres;
así, pues, si eso prefieres
verás colmado tu afán,
pues sé un cuento musulmán
que sobre un amante versa,
y me lo ha contado un persa
que ha venido de Hispahán.

IV

Enfermo del corazón
un gran monarca de Oriente,
congregó inmediatamente
los sabios de su nación;
cada cual dio su opinión,
y sin hallar la verdad
en medio de su ansiedad,
acordaron en consejo
llamar con presura a un viejo
astrólogo de Bagdad.

V

Emprendió viaje el anciano;
llegó, miró las estrellas;
supo conocer en ellas
las cuitas del soberano;
y adivinando el arcano
como viejo sabidor,
entre el inmenso estupor
de la cortesana grey,
le dijo al monarca: ¡Oh Rey!
te estás muriendo de amor

VI

Luego, el altivo monarca,
con órdenes imperiosas
llama a todas las hermosas
mujeres de la comarca
que su poderío abarca;
y ante el viejo de Bagdad,

escoge su voluntad
de tanta hermosura en medio,
la que deba ser remedio
que cure su enfermedad.

VI

Luego, el altivo monarca,
con órdenes imperiosas
llama a todas las hermosas
mujeres de la comarca
que su poderío abarca;
y ante el viejo de Bagdad,
escoge su voluntad
de tanta hermosura en medio,
la que deba ser remedio
que cure su enfermedad.

VII

Allí ojos negros y vivos;
bocas de morir al verlas,
con unos hilos de perlas
en rojo coral cautivos;
allí rostros expresivos;
allí como una áurea lluvia,
una cabellera rubia;
allí el ardor y la gracia,
y las siervas de Circasia
con las esclavas de Nubia.

VIII

Unas bellas, adornadas
con diademas en las frentes,
con riquísimos pendientes
y valiosas arracadas;
otras con telas precizadas
cubriendo su morbidez;
y otras, de marmórea tez,
bajas las frentes y mudas,
completamente desnudas
en toda su esplendor.

IX

En tan preciosa revista,
ve el Rey una linda persa
de ojos bellos y piel tersa,
que al verle baja la vista;
el alma del Rey conquista
con su semblante la hermosa,
y agitada y ruborosa
tiembla llena de temor
cuando el altivo Señor
le dice: - Serás mi esposa.

X

Así fue. La joven bella
de tez blanca y negros ojos,
colmó los reales antojos
y el Rey se casó con ella.
¿Feliz, dirás, tal estrella,
Emelina? No fue así:
no es feliz la Reina allí
la linda persa agraciada,
porque ella está enamorada

de Balzarad el rawí.

XI

Balzarad tiene en verdad
una guzla en la garganta,
guzla dúcida que encanta
cuando canta Balzarad.
Vió un día la beldad
y oyó cantar al rawí;
de sus labios de rubí
brotó un suspiro temblante...
Y Balzarad fue el amante
de la celestial hurí.

XII

Por eso es que triste se halla
siendo del monarca esposa,
y el tiempo pasa quejosa
en una interior batalla.
Del Rey la cólera estalla,
y así le dice una vez:
-Mujer llena de doblez:
di si amas a otro, falaz-
Y entonces de ella en la faz
surgió vaga palidez.

XIII

-Sí -le dijo-, es la verdad;
de mi destino es la ley:
yo no puedo amarte, ¡Oh Rey!
porque adoro a Balzarad-.
El Rey, en la intensidad,
de su ira, entonces, calló;
mudo, la espalda volvió;
mas se vía en su mirada
del odio la llamarada,
la venganza en que pensó.

XIV

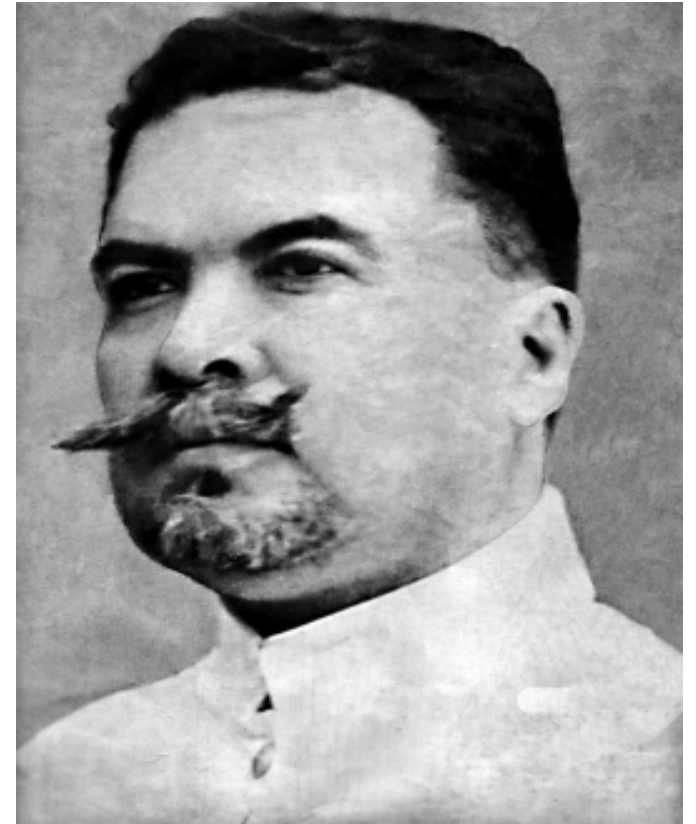
Al otro día la hermosa
de parte de él recibió
una caja que la envió
de filigrana preciosa;
abrióla presto curiosa
y lanzó, fuera de sí,
un grito; que estaba allí
entre la caja, guardada,
lívica y ensangrentada
la cabeza del rawí.

XV

En medio de su locura
y en lo horrible de su suerte,
avariciosa de muerte
ponzoñoso filtro apura.
Fue el Rey donde la hermosura:
y estaba allí la beldad
fría y siniestra, en verdad,
medio desnuda y ya muerta,
besando la horrible y yerta
cabeza de Balzarad.

XVI

El Rey se puso a pensar
en lo que la pasión es,
y poco tiempo después
el Rey se volvió a enfermar.



Ruben Darío

Análisis del cuento la Cabeza del rawí

El poeta se dirige a una joven que desea escuchar un cuento. El poeta conoce infinidad para contarle. Así, sabe cuentos de aventuras, amores, guerras, fantásticos y de otras tierras. El poeta se decanta por un cuento oriental, que considera más indicado, según él, para mujeres.

El cuento habla de un rey enfermo que llama a los sabios y éstos al astrólogo de Bagdad para saber qué le ocurre. Éste último le dice que la causa de su enfermedad es el amor. Es entonces que el monarca busca entre todas las mujeres del reino a la más hermosa para qué locura. No importa el color del pelo, la raza, condición social, color de los ojos, etcétera.

Así, llegaron ricas, jóvenes, viejas, enfermas, vestidas y desnudas frente a él. Una de ellas, persa, destaca sobre las demás y enamora al monarca. Ella está temerosa. El rey decide tomarla por esposa. Se casan, pero ella es desgraciada en palacio porque está enamorada de otro hombre, un narrador de poesía árabe. Éste tenía una voz para maravillosa.

Desde que ella lo vio y escuchó su voz, su manera de

recitar la poesía, se enamoró de él y viceversa. Es por ello que el joven está triste al saber que el monarca se ha desposado con su amada. El rey intuye que ella no le ama porque hay otra persona y le pregunta para saber si sus sospechas son ciertas. La palidez de su piel la descubre.

Ella se enfrenta al rey y le dice que acepta el ser su esposa, pero que no le ama. Ante eso el rey busca venganza. Al día siguiente le entregan una caja a la joven, dentro de la cual descubre la cabeza del joven al que amaba. Cuando el rey va junto a su esposa, ella está muerta junto a la cabeza del amado. Se había envenenado. Después de lo ocurrido, el monarca vuelve a enfermar.

La temática del amor, en este caso en forma de cuento, es fuente de inspiración para la poesía. Éste sentimiento puede ser correspondido, puede extraer lo mejor de nosotros o, al revés, extraer lo más siniestro de uno, en este caso el monarca. Es un poema que más que un cuento es un drama y, sin embargo, muestra claramente cómo el ser humano es capaz de lo mejor y de lo peor.